

MIL AÑOS DE UN PUEBLO

Por

JOSE MARIA ALFARO

Castilla había confeccionado también su cromo para la exportación. El Cid ocupaba su centro, bien firme sobre su caballo, mientras sus ojos se perdían, enérgicos y aquilinos, en un paisaje amarillo y monótono. La leyenda de Rodrigo de Vivar, político y soldado, como cumple a una vida acabada, se había hecho sustancia de su tierra, legendario galope del suelo mismo de Castilla. Los acontecimientos de su vivir se conjugaban, al andar de los siglos, como arquetípicas modulaciones del alma castellana. Toda la Castilla medieval, tradicional y creadora, se diría representada por el ser y el sentir del brioso conquistador de Valencia, al que los brillos refulgentes de la poesía le alzaban sobre paveses de romance.

Para los perezosos—¡y hay tantos, Dios mío!—bastaba, pues, con estas enunciaciones indianas para agitar los estandartes de Castilla, lo mismo en controversia que en exaltación apasionada. La explicación de un pueblo por un hombre, en fuerza de ser vivaz y cambiante, suele conducir casi siempre a que el hombre-modelo sea sustituible.

Y esto me atrevo a señalar con respecto a esta Castilla mía, que cumple por ahora sus mil años, esos mil años de hierro, octosílabo, cielo limpio, tierras de pan llevar y fervores de numerado universo.

El conde Fernán González levanta sobre un milenio su enérgico ademán de fundador y caudillo. Parece que comenzamos a verle de cuerpo entero, con la luz del amanecer castellano embridada en su puño.

En una aurora de campos antiguos, ríos militares y torres de frontera, el conde se alza como un paladín de la creación popular y nacional—revolucionaria diríamos hoy de aquella Castilla madura, entre trabajos y batallas, para una misión trascendente, unificadora y universalizada.

El conde Fernán González no es un banderizo ni un aventurero. Se nos presenta como un capitán y un político, en la fusión de posibilidades de un pueblo ambicioso y tenaz. Si es cierto que el viejo arrastre gótico se iba frenando asimismo a través del conglomerado leonés, no es menos cierto que la coyuntura de Castilla tuvo precisión de un hombre como Fernán González para poder arrancarse del ras de la tierra labrantía y emprender un vuelo total.

Y ahora se cumplen mil años de aquel acontecimiento. Del «pequeño rincón» que era la Castilla de entonces se levantó la plenar de nuestra España, porque el numen de Castilla era, ha sido y seguirá siendo la unidad. Y este es el secreto que hay que buscar para entenderla, por encima mismo de los

hombres que representen esta cotidiana y tenaz tarea de soñar la unidad para anudar los corazones. Porque en esta dura brega no hay esfuerzo baldío, y este es el mágico y contundente ejemplo que nos ofrece el conde Fernán González al mostrarnos los difíciles y extraños caminos por los que a veces se la sirve, cuando el brazo está presto a ser ejecutor obediente del genio de un pueblo.

